

Introducción

El presente estudio tiene a la metáfora como su figura principal. Poniendo a prueba las formas de pensamiento contemporáneas, se trata de averiguar cuál es su pertinencia para el saber histórico contemporáneo. Las preguntas centrales que le sirven de guía son las siguientes: ¿es posible pensar que la metáfora tiene cabida en la operación historiográfica? Y si esto es así, ¿cuál es la función precisa que cumple en el trabajo cognitivo de los historiadores? Con esta forma de interrogación se postula una perspectiva particular: el acercamiento entre metáfora y ciencia. De hecho, éste es un trabajo de epistemología de la ciencia histórica que se dirige a mostrar que la metáfora tiene valor central para el estatuto de la disciplina. Salta a la vista, en primera instancia, que tales interrogantes y tal perspectiva necesitan justificarse dado que tradicionalmente, desde el siglo XVIII, no existe nada más alejado del campo científico que la metáfora.

Si tomamos precisamente a la tradición de pensamiento que emerge en el seno de la filosofía moderna occidental, digamos que desde la vertiente cartesiana en adelante, entonces las preguntas resultan ser simplemente ociosas. Si a eso le agregamos que la extensión de la filosofía hacia el campo científico se concreta como pensamiento autorizado sobre lo que es el conocimiento en general, la ociosidad se convierte en impertinencia. Sin embargo, existen dos maneras de justificar el marco de interrogación que, además de ser al final complementarias, permiten superar tanto la ociosidad como la impertinencia. Una de ellas es propiamente teórica y se desprende de un ejercicio crítico sobre la filosofía de la ciencia que ha tenido lugar a lo largo del siglo XX. Lo notorio es que ese ejercicio crítico se gesta en el cuerpo mismo de la filosofía y tiene como rasgo central la siguiente consideración. Como producto autorizado, la filosofía de la ciencia supone que las maneras por las cuales define el contenido y los alcances del conocimiento científico no pueden ponerse en duda ya que con ello se termina afectando lo que vendría a ser su objeto de reflexión, esto es, las ciencias mismas.

Este núcleo de creencias indubitables, lo que voy a definir en un sentido como “epistemología” a lo largo de la exposición, se ha transformado durante la segunda mitad del siglo XX en un conjunto de afirmaciones no justificadas y que se han presentado de manera apriorística. En la base de este conjunto de afirmaciones no justificadas se localiza el presupuesto que ve a la metáfora como figura totalmente opuesta al trabajo científico. Supone que el inconveniente central de aquélla para los procesos cognitivos radica en la introducción de valores morales, formas de experiencia estética y contenidos emotivos, que terminan por desfigurar la producción de conocimientos objetivos. Un conocimiento objetivo es aquel que, obtenido por vía metódica, es confirmado necesariamente por medio de un proceso de verificación empírica, de modo que en él se valora cómo un enunciado científico permite describir y explicar un hecho material. De ahí que, por tanto, la ciencia explica hechos.

Los enunciados metafóricos, por su parte, son de un tipo tal que nunca pueden ser verificados empíricamente. De tal suerte, la oposición metáfora/ciencia es correlativa a la oposición que existe entre hecho y valor.¹ La filosofía de la ciencia tiene en la afirmación siguiente uno de sus puntales: la condición para producir conocimientos objetivos radica en asegurar una situación de neutralidad valorativa a lo largo de la aplicación del método científico. La crítica ha consistido en mostrar que esta clase de afirmaciones no puede ser justificada ni demostrada desde los criterios de verificación científica, esto es, constituye una afirmación indemostrada. Es un juicio de valor que, sin embargo, se ha presentado como un juicio cuya naturaleza estriba en permitir la fundamentación teórica del trabajo científico. Fundamentar de manera teórica a la ciencia, es decir, con juicios de esta naturaleza, corresponde por derecho propio a la epistemología.

Lo que ha salido a la luz por medio de la crítica es que la epistemología idealiza lo que debería ser la ciencia olvidándose de los modos en que proceden los científicos. Y estos modos de la operación científica efectiva no están precedidos de neutralidad valorativa alguna. Con ello se reconoce en la actualidad que en los diversos aspectos de esta operación, por ejemplo, en la construcción de teorías y

¹ “Una forma más sofisticada de defender la dicotomía hechos-valores consiste en argumentar, con Reichenbach, que las afirmaciones factuales [...] pueden ser confirmadas o disconfirmadas mediante el método científico, mientras que no pueden serlo los ‘juicios de valor’ [...]. Mi propia concepción, para ser francos, es que no hay tal cosa como *el* método científico.” Hilary Putnam, *Las mil caras del realismo*, traducción de Margarita Vázquez Campos y Antonio Manuel Liz Gutiérrez, Barcelona, Piadós, 1994, 161 p., p. 139.

modelos, en la discusión entre científicos, en la delimitación de criterios de relevancia y en los discursos escritos en donde presentan sus resultados, la ciencia no sólo acepta sino que requiere de la función metafórica. La otra justificación es de carácter histórico. El panorama hasta aquí presentado induce a considerar que la epistemología ha perdido relevancia como tarea de fundamentación. Si el presente es un trabajo definido como epistemológico sobre la historia, parece revelarse una aguda contradicción.

Lo que resuelve la contradicción precisamente tiene que ver con un proceso de transformación histórica que ha alcanzado, por diversas vías, a la filosofía y a sus objetos privilegiados de reflexión, es decir, a las ciencias mismas. En ese proceso el pensamiento filosófico se ha visto obligado a considerarse desde un horizonte histórico que le señala límites determinados a sus pretensiones absolutistas. No hay duda de que la epistemología que se desarrolló a lo largo del siglo XIX se pensó a sí misma con los atributos necesarios para alcanzar autonomía respecto de los cambios históricos a tal grado que incluso estaba en capacidad de establecer las condiciones del trabajo científico como invariables.² El argumento central que justificaba la ahistoricidad de la filosofía de la ciencia consistía en considerar que la dependencia hacia las situaciones históricas implicaba dejarla indefensa frente al relativismo que predominaba en esa esfera.

De forma parecida afectaba esto a la ciencia y a la filosofía, aunque tal afectación se mostraba en diferentes planos: la filosofía se incapacitaba con ello de acceder al fundamento cognitivo, mientras las ciencias lo hacían respecto del estatuto de verdad de sus representaciones. Esto suponía, en otras palabras, que la ciencia y el pensamiento que la normaba como operación cognitiva por excelencia, no podían verse limitados por el contexto dado que los hacía depender de una esfera precientífica en la que reinaban los ambiguos lenguajes naturales. Pero la historización alcanzó tanto a la ciencia como a la filosofía,³

² Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, traducción de Jesús Fernández Zulaica, Madrid, Cátedra, 1983, 355 p., p. 18.

³ Respecto de la historización de los saberes, Foucault escribió lo siguiente: "Así, la cultura europea se inventa una profundidad en la que no se tratará ya de las identidades, de los caracteres distintivos, de los cuadros permanentes con todos sus caminos y recorridos posibles, sino de las grandes fuerzas ocultas desarrolladas a partir de su núcleo primitivo e inaccesible, sino del origen, de la causalidad y de la historia". Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. ed., traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, 375 p., p. 246. En cuanto a la historización de la filosofía, véanse sus comentarios sobre Kant recogidos en un pequeño pero importante texto: "Qué es la Ilustración", en

lo que significa un cambio abrupto en la valoración del trabajo teórico. Si la epistemología trataba de transparentar las condiciones esenciales (fundamento) de todo conocimiento posible, se ha visto en la necesidad de reconsiderar su pretendida autonomía contextual, pero con ello se vacía de legitimidad como pensamiento normativo.

Traducido este proceso a la cuestión del conocimiento, se puede afirmar que sus procedimientos están determinados por elementos contextuales, sociales y culturales, es decir, por un horizonte previo, no apriorístico y no trascendental, que introduce en ellos elementos que provienen de su situación. Lo anterior no se queda sólo al nivel de los procedimientos científicos sino que alcanza también a los conceptos centrales de la filosofía de la ciencia; conceptos como el de verdad, ciencia e incluso el de epistemología no han quedado al margen de la transformación histórica. No cabe ya la consideración que afirma que sus contenidos refieren a una cualidad salvaguardada de los efectos de la contingencia. Como afirma la historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*), sus contenidos semánticos expresan y sintetizan experiencias históricas, de ahí que no se pueda entender siempre el mismo contenido independientemente del momento y del contexto histórico en que son usados. En su acepción historiográfica, por ejemplo en Koselleck, la *Begriffsgeschichte* sostiene una doble apreciación: los conceptos son medios de elaboración de la experiencia social humana que condensan historicidad y, al mismo tiempo, poseen ellos mismos una historia posible de ser clarificada.⁴

En suma, este proceso histórico desmiente igual que el trabajo crítico la oposición hecho/valor, pero en este caso extiende el desmentido hasta la oposición lenguaje científico/lenguajes naturales. Si existe dependencia contextual en el caso del conocimiento científico entonces se sigue de ahí que tales contextos, es decir, mundos de la vida expresados en lenguajes naturales, introducen contenidos metafóricos propios de éstos en el trabajo científico. Si se entendía por epis-

Saber y verdad, edición, traducción y prólogo de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1991, p. 197-207.

⁴ Cfr. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, traducción de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993, 368 p. Véase también Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, Barcelona, Paidós, 1997, 125 p.; y Joaquín Abellán, "Historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) e historia social. A propósito del *Diccionario Geschichtliche Grundbegriffe*", en *La historia social en España. Actualidad y perspectivas. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social. Zaragoza, septiembre 1990*, coordinación de Santiago Castillo, Madrid, Siglo XXI/Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1991, p. 47-63.

temología un núcleo de afirmaciones invariables que justificaban el marco del conocimiento científico, gracias a la conjunción de las dos instancias aludidas, crítica y cambio histórico, se entiende en la actualidad con esa noción un trabajo de descripción de las disciplinas en dos grandes niveles: los procesos operativos y sus estructuras discursivas. El trabajo que desarrollo respecto de la ciencia histórica es epistemológico si tomamos como punto de partida la segunda acepción. De ahí que busca describir desde el marco disciplinario los dos niveles aludidos, bajo la perspectiva de que la metáfora encuentra valor en ambos, es decir, en la lógica de la investigación histórica y en las representaciones escriturísticas que de ahí se siguen.

Pero esta hipótesis expande las atribuciones de la metáfora: no sólo tiene cabida en la base disciplinaria y en la escritura historiográfica, sino que incluso es un elemento que permite tanto al conjunto operativo de la primera como a la exposición escriturística de acontecimientos del pasado. De tal modo que seguir en los dos niveles disciplinarios las formas que adopta el proceso metafórico debe permitir una autodescripción del conjunto de la ciencia histórica. En otras palabras, analizar la función que tiene la metáfora en la historia deriva en un planteamiento de carácter epistemológico. Para abordar tal hipótesis se presenta como necesario desarrollar un cierto enfoque histórico. El concepto de *autodescripción* se revela central en este punto. Sin duda la epistemología tradicional en su primera acepción lleva a cabo una descripción de la historia, pero este ejercicio es posibilitado por presupuestos ahistóricos, digamos que por los criterios de la teoría pura.

Para Alfonso Mendiola este rasgo permite caracterizarlo como heterorreferencial, es decir, realizado desde una exterioridad filosófica y cuya naturaleza es distinta a la del saber histórico. *Autodescripción* supone un esfuerzo por mostrar desde postulados históricos el espacio delimitado de la disciplina, y en tal sentido es autorreferencial: no se lleva a cabo desde exterioridad filosófica alguna sino desde el espacio mismo del conocimiento histórico.⁵ Un problema emerge con esta distinción: referirse a la historia en términos históricos delimita una paradoja, la historia descrita en términos históricos. Si la epistemología tradicional describió de una manera particular a la ciencia histórica, para realizarla se atuvo a una estructura semántica cuya característica es la de estar constituida por afirmaciones

⁵ Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 8, n. 15, 2000, p. 181-208, p. 191-192.

ahistóricas.⁶ Por tanto, ¿qué semántica puede ser la adecuada para el ejercicio de autodescripción? Ante todo una que no sea extraña a la propia historia, incluso que se aplique a sus áreas de investigación y que los conceptos involucrados permitan expresar esa carga de historicidad.

Para tratar de resolver la paradoja señalada se introduce en el ejercicio de autodescripción el vocabulario, o una parte de él, que utiliza la historia de la ciencia a partir de Kuhn. ¿Qué justifica la utilización de tal vocabulario? Primero, es un vocabulario apto para la investigación en un área historiográfica, y segundo, sobresale por su interés en delimitar los procesos históricos que han dado pie a la emergencia de las ciencias modernas. Existe aun algo más en esta recuperación: tendencialmente la historia de la ciencia kuhniana ha revelado mayores posibilidades reflexivas que las que puso en juego la filosofía de la ciencia. En dos puntos se revela esta amplitud. Primero, en la visión pragmática que desarrolla, esto es, permite mostrar reflexivamente en sus diferentes niveles el campo de la praxis científica. Segundo, lleva a cabo un desplazamiento notable respecto de la cuestión de los discursos científicos, desalojando paulatinamente el tratamiento anterior que se centraba sólo en la cualidad objetiva de las representaciones y en su formulación lógico-conceptual.

Por tanto, pongo a prueba parte de este vocabulario con el fin de determinar su valor para la autodescripción de la ciencia histórica y en los puntos de cruce, por así decirlo, en los que participa destacadamente la función metafórica. La anterior formulación trae aparejada la siguiente consideración: este trabajo no es, no puede serlo, una historia de la historiografía moderna. Su objetivo central es desplegar un ejercicio de autodescripción de la ciencia histórica que permita revelar el papel cognitivo que juega la metáfora. El enfoque histórico, si se quiere incluso historicista, se juega al nivel de una *nueva acepción de epistemología* en la que la condición del conocimiento histórico hunde sus

⁶ “Este cambio, quizás como todo cambio que se da en una cultura basada en el texto impreso, no ha terminado por transformar las semánticas que usamos para describir la ciencia de la historia, pues ha resultado difícil asumir la paradoja que significa referirnos a las autodescripciones de la historia, dicho de otro modo, a la historia descrita desde la propia historia: la historiografía. Sin embargo, las dos cuestiones que empiezan a iluminarse con el ‘giro historiográfico’ son: primero, que reflexionar sobre la historia no significa salirse de la ciencia histórica e invadir el terreno de la filosofía, sino que la reflexión de la historia se hace desde la propia ciencia histórica: la historia historizando su propia práctica; y segundo, que la reflexión de la historia ya no es una actividad secundaria y que realizan algunos miembros de la comunidad de historiadores, sino que la propia investigación histórica necesita de ella para poder llevarse a cabo.” *Ibid.*, p. 192.

raíces en el campo de la historicidad. En su momento abordo la significación de esa noción. Aquí sólo señalo la consideración general.

De manera más precisa, la condición histórica de la disciplina de la historia es precisada desde la función metafórica. Su rasgo central, esto es, un saber contextualizado, situado, se revela cuando analizamos el papel que tiene la metáfora en la base operativa y en la esfera de las representaciones escriturísticas. Para Michel de Certeau el proceso de fabricación de las representaciones historiográficas se oscurece por el privilegio dado a la referencia del pasado. De tal modo que la condición presente y el lugar del saber se ocultan cuando sólo nos atenemos a la situación pasada de la que se habla. La operación historiográfica consiste en un tipo de análisis que muestra precisamente el condicionamiento presente del saber histórico. De hecho, para este autor, la historia es histórica debido justamente a que es un saber situado y no tanto porque habla del pasado.⁷

Este tipo de orientación que se desprende de las propuestas de Michel de Certeau, particularmente las que se resumen bajo la noción *operación historiográfica*, tiene cabida a lo largo del presente trabajo y está enfocada a destacar este rasgo contextual del saber histórico, entre otros. Aparte de la contextualización, el enfoque histórico se refiere al paso de una noción de epistemología a otra cuyo contenido es muy diferente. Como ya he mencionado, este proceso consiste en un cambio histórico que afectó sustancialmente a la filosofía, por ello es necesario dar cuenta de las grandes líneas de fuerza de esta transformación. Sigo en este punto a las dos corrientes filosóficas que han terminado por sobrepasar los límites de la filosofía de la ciencia clásica, pero sin suprimir el problema del conocimiento en general. Me refiero a la filosofía anglosajona o filosofía analítica y a la hermenéutica filosófica de origen alemán. El sobrepasamiento de la epistemología se concreta en el ámbito del *giro lingüístico* y en el desarrollo de sus implicaciones respecto de la mediación lingüística de todo conocimiento.

El panorama de esta transformación debe explicitarse en relación directa con la ciencia histórica. De tal forma que trato de mostrar cómo

⁷ “La frágil y necesaria frontera entre un objeto pasado y una praxis presente comienza a tambalearse desde el momento en que al postulado ficticio de un *dato* que debe ser comprendido, lo sustituye el examen de una *operación* siempre afectada por determinismos y que siempre puede ser reconsiderada, siempre dependiente del lugar donde se efectúa dentro de una sociedad, y por lo tanto especificada por problemas, métodos y funciones propias.” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Motezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 334 p. (El Oficio de la Historia), p. 53.

se definió un marco epistémico para la disciplina desde el horizonte filosófico anterior y cómo perdió legitimidad en el proceso de su transformación. A este marco lo denominé modelo general epistemológico y se sintetizó a partir del siglo XIX en un ideal de historia desde el cual se la describió como modalidad del conocimiento científico. Con la introducción de la problemática contemporánea del lenguaje tal modelo se vio fuertemente afectado hasta su disolución definitiva en la segunda mitad del siglo XX. A partir de los dos postulados centrales que fueron aplicados a la historia, la respuesta particular a la relación cognitiva por antonomasia, esto es, el *status* del sujeto cognitivo y la esfera de empiricidad objetual, por un lado, y la naturaleza del discurso verdadero, por otro, articulo el panorama de esa transformación.

Uno de los resultados cruciales de este proceso es la paulatina elevación de la narración como problema filosófico pero también como elemento perteneciente al *status* científico de la historia. Se puede entender su importancia porque la narrativa es, en el panorama de la reflexión contemporánea, instancia definitoria de la escritura historiográfica. Al mismo tiempo se presentó una suerte de inversión del primado teórico que gobernó a la reflexión filosófica, dejando su lugar a una consideración sobre los ámbitos prácticos que ha revelado importancia central para el problema del conocimiento.⁸ Ambas cuestiones fueron sustituyendo a los dos principios epistémicos que se encontraban en la base del modelo general, pero además, resultan coincidentes con las propuestas de la historia de la ciencia kuhniana. De tal forma que la justificación del vocabulario que introduciré se desprende de la pérdida de legitimidad de la perspectiva epistemológica fuertemente formalista.

Finalmente, la otra cuestión que se relaciona con el enfoque histórico se centra en la figura metafórica. La metáfora no se ha mostrado inmune a la transformación, tanto del pensamiento filosófico como de la retórica. En buena medida el presente trabajo se dirige a la cuestión de qué se puede entender por metáfora. Encuentro dos grandes maneras de abordar la cuestión. Si se toma el marco retórico tradicional y que será recuperado en el siglo XX sobre todo por la lingüística,

⁸ "Tras no haber menester ya las culturas de expertos de ninguna justificación y haberse hecho con el poder de definir qué criterios de validez debían admitirse en cada caso, la filosofía dejó de disponer ya de criterios de validez distintos y propios que pudiesen quedar intactos ante la evidencia del primado categorial de la práctica sobre la teoría. Así, una y otra vez saltan a la vista consecuencias de ello que disputan a esa razón situada toda pretensión universalista." Jürgen Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 1990, 280 p. (Taurus Humanidades), p. 60.

la metáfora se entiende como un tropo entre otros que introduce un cambio en la significación de la palabra. El efecto más importante de esta postura consiste en ubicarla como fenómeno de sustitución de un sentido literal por otro sentido figurado.

La teoría de la sustitución implica que la metáfora es una figura que atañe a la forma y al estilo expresivo, pero que carece de poder cognitivo: como ornamento es una figura vacía que sólo sirve para potenciar la expresividad de un contenido que, por definición, es de diferente naturaleza de la de la forma estilística. Esta comprensión de la metáfora es la responsable de que, durante más de doscientos años, se la considerara como opuesta al orden científico y por tanto se exigiera su marginación por parte de la filosofía moderna interesada por la ciencia. La otra manera de comprenderla, y que es la que me sirve de guía, afirma que ella pertenece al fenómeno general de la comunicación humana. Tiene cualidades de comprensión del mundo que se expresan de manera lingüística al ser comunicadas. Esta perspectiva supone que ella es un vehículo fundamental para la comprensión de la experiencia temporal. Para esta propuesta, la metáfora, o más bien la función metafórica, actúa como elemento que posibilita formas cognitivas aunque diferentes al ideal científico.

En efecto, se trata de función y no de figura que afecta sólo al plano del enunciado, de tal manera que se apunta hacia una expansión en las atribuciones que desde antaño la definían. Para seguir este proceso de expansión de la función metafórica acudo a dos autores importantes para la tradición hermenéutica: Hans Blumenberg y Paul Ricoeur. En particular me interesa destacar desde sus diferencias el proyecto metaforológico del primero y que encontró aplicación en el panorama de una historia de la filosofía en términos de historia conceptual (*Begriffsgeschichte*), mientras que del segundo se trata de su propuesta semántica que permite postular una reflexión sobre las diferencias en las modalidades de discurso, en concreto las que se presentan entre el discurso filosófico y el poético.

En el primer caso, la visión de Blumenberg sobre las conexiones de los sistemas conceptuales con los mundos de la vida es sustentada desde luego por la opción de una radicalización de la historia conceptual, cosa que permite seguir los procesos que, partiendo de campos metafóricos históricamente constituidos, son expresados en el nivel conceptual. De ahí que todo sistema conceptualmente delimitado puede ser explicado desde sus conexiones hacia atrás con los campos de significación que están localizados en la experiencia histórica. Si la filosofía ha considerado que el concepto permite instaurar una relación

directa entre el sujeto y la realidad, y que puede ser manifestada bajo condicionamientos lógicos, para Blumenberg lo propio de la racionalidad humana consiste en la imposibilidad de relación directa con lo real y ello está presente en el concepto mismo. Se trata de una racionalidad que no puede escapar a las mediaciones que utiliza, particularmente, a la mediación de lenguaje o simbólica.

Es desde la distancia delimitada por las mediaciones como los seres humanos comprenden lo real y la metáfora tiene un papel central en los sistemas de mediación. Por su parte, Ricoeur acentúa cómo la función metafórica, superando la simple descripción, adquiere un valor referencial en la innovación semántica que pone en juego. Tal innovación anima incluso los discursos conceptuales y permite expresar aquello que, tomando en cuenta sus propios límites lógicos, no estarían en capacidad de formular. Su enfoque trasciende la oposición tradicional de explicación y comprensión: articulando un camino viable para combinar ambas instancias en el orden discursivo, permite plantear en otros términos la relación entre literatura y discurso historiográfico. En este caso es el proceso metafórico el elemento que permite entender la forma de su combinación discursiva.

En suma, estos tres niveles que se articulan en el enfoque histórico, esto es, autodescripción disciplinaria, cambio profundo en las formas del pensamiento contemporáneo y valoración de la metáfora como forma cognitiva, deben permitir formular un planteamiento epistemológico de la ciencia histórica. Su desarrollo formal está planteado de la siguiente manera. El primer capítulo presenta los rasgos del modelo general epistemológico desde los cuales se describió a la ciencia histórica, a partir del siglo XIX, poniendo énfasis en los dos principios epistémicos que fueron aplicados. Sobresale sin duda aquí su marco de pertinencia, es decir, la *filosofía de la ciencia* que se fue desarrollando previamente. El capítulo siguiente muestra el panorama de su transformación aguda, tanto del marco como del modelo general, a partir de las dos tradiciones ya mencionadas, filosofía analítica y hermenéutica. Se siguen con atención los procesos que adquirieron mayor importancia para la historia. En este punto se destaca cómo, perdiendo legitimidad los criterios de descripción anteriores, la historiografía expande su atribución hacia el trabajo de fundamentación disciplinaria.

El tercer capítulo se detiene en el proceso por el cual la narratividad se convierte en un elemento característico del saber histórico. La elevación de la narratividad tuvo por marco los últimos esfuerzos por delimitar el saber histórico desde la filosofía de la ciencia. El es-

fuerzo consistió en extrapolar la modalidad de explicación científica, el modelo nomológico deductivo, con el fin de analizar la justificación de las afirmaciones que los historiadores producen sobre el pasado. Sus límites formalistas abrieron el terreno para un ejercicio que tendió a vulnerar las bases mismas del modelo, a tal grado que permitió la introducción de las temáticas narrativistas. En este apartado se discuten sus bases reflexivas y el tipo de problemas a que dieron lugar. Los dos últimos capítulos abordan la discusión particular sobre la metáfora y ambos apuntan a un ejercicio de aplicación al ámbito de la disciplina histórica. A partir del proyecto metaforológico de Blumenberg, en el quinto capítulo se lleva a cabo propiamente un ejercicio de autodescripción de su base disciplinaria, es decir, de la lógica de investigación histórica. Mientras en el último apartado, la semántica de la metáfora desarrollada por Ricoeur es aplicada a un trabajo análogo pero en el nivel de las representaciones discursivas. En estos dos capítulos se abordan las maneras reflexivas que dotaron de pertinencia la expansión de la metáfora al campo del conocimiento en general.

Antes de continuar, debo hacer patente mi agradecimiento a los miembros del proyecto de investigación *El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural*, financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la Universidad Iberoamericana, por haber dado cabida e impulso a este trabajo. Los comentarios, sugerencias y observaciones que en diversos momentos se me formularon sin duda han resultado sumamente productivos.

